

Cobo Borda, se encuentran algunos —con otro carácter— que intentan dar una visión global de la situación de la novela y de la poesía en Colombia y Latinoamérica durante los últimos cincuenta años. Aparentemente, estos capítulos se colocan al lado del proceso general propuesto en la obra. Sin embargo, los temas allí tratados vuelven sobre la intención inicial y logran mostrar cómo la producción literaria en estos años ha insistido y mantenido el ideal de encontrar una identidad expresiva y cultural. Más aún: en estos ensayos se exponen interesantes discusiones sobre la relación entre el periodismo, la historia y la literatura, que dan coherencia y unidad a lo imbricado que puede llegar a ser un trabajo de espectro tan amplio como éste. El planteamiento general de esta relación puede exponerse en afirmaciones como las siguientes: “La ficción se nutre de la historia para ir más allá de ella, y esclarecer el pasado en el diálogo imaginario, y nunca cerrado, del espacio verbal” (pág. 235); “Lo bueno del pasado es que la literatura lo embellece, al convertirlo en novela, y el primer paso es casi siempre el periodismo” (pág. 204).

A través de reflexiones de orden teórico como éstas, Juan Gustavo Cobo Borda da a su libro un tinte utópico en la medida en que cree que la literatura ha servido, sirve y servirá para mantener viva y en constante proceso, una identidad que en las transformaciones de nuestras sociedades tiende a diluirse: “[...] la poesía posterior a los sesenta intenta el rescate anímico de lo que hispanoamérica todavía es a pesar de su ingreso salvaje a la modernidad: diecinueve países de habla hispana aún no colonizados interiormente del todo y ya poblados por infinidad de pueblos muertos [...] La poesía entonces, como dadora, de nuevo, de sentido, volviéndolos habitables en la voz, en la memoria del verso, y no en la realidad atroz del progreso [...]” (pág. 348). En este sentido, la literatura es una posibilidad de mantener cierta idea de unidad ante el “fragmentarismo que nos signa” (pág. 349); y los voceros de la misma son los que Juan Gustavo Cobo Borda llama, en el último capítulo del libro reformistas de la cultura americana; aquellos que, a diferencia de los icono-

clastas, no “son asimilados por un orden hábilmente elástico” (pág. 405), porque las revoluciones que llevan a cabo “modifican un poco lo existente. No lo subvierten” (pág. 406); aquellos que activamente han participado en este *Coloquio americano*.

LEONARDO ESPITIA ORTIZ

Es velozmente fugaz todo lo celestial

Fiesta de la paz (traducción y prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot)

Friedrich Hölderlin

El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1994, 85 págs.

El siglo XX ha sido bondadoso con el creador de *Hyperion*, el fiel enamorado de Susette Gontard (Diótima, en su obra). Mucho más que sus contemporáneos: Hegel y Schelling lo marginaron; Goethe y Heine lo eclipsaron. Mucho más que los decimonónicos, para quienes fue más bien un poeta nostálgico y débil. Para los filósofos y poetas del siglo XX, Hölderlin (1770-1843) es uno de los precursores de nuestra sensibilidad moderna. Dilthey, por ejemplo, creía que en su obra “se preparó el estilo rítmico de Nietzsche, la lírica de un Verlaine, Baudelaire, Swinburne y lo que busca nuestra más reciente poesía”. Heidegger lo estudió con devoción y lo llamó el poeta del poeta; Rilke cultivó con efectividad su herencia poética; en España y América muchos lo traducen con complicidad y afinidad.

Esta recuperación del poeta alemán impulsó al bibliotecólogo ginebrino Martin Bodmer, en 1954, a comprar en el comercio de manuscritos de Londres la versión definitiva del himno más significativo de su obra, *Friedensfeier* (*Fiesta de la paz*), del cual sólo se conocían varios fragmentos y versiones anteriores.

La primera traducción española de *Fiesta de la paz* fue publicada en Colombia, cinco años después de su ha-

llazgo, en la revista *Tierra Firme*. El traductor de entonces, el ensayista y filósofo colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, ahora especialista en la intelectualidad alemana de la época de Hölderlin (Schiller, Kleist, Lenz, Büchner, Hegel), volvió a la primera traducción, la corrigió, es decir, privilegió la literalidad a la interpretación, y preparó para el público colombiano una segunda traducción más completa. Incluye la “hoja” de presentación hecha por Hölderlin, los doce poemas definitivos que conforman el himno; los tres fragmentos del esbozo en prosa; y los siete poemas de la primera versión. Además, esta edición contiene un ensayo preliminar que funciona como guía de lectura para el lector hispanoamericano.



La génesis de *Fiesta de la paz* se remonta a la mañana del 9 de febrero de 1801. Fecha histórica conocida con el nombre de Paz de Lunéville, que corresponde, apenas, a una tregua en las luchas napoleónicas. El poeta, que ansiaba la conciliación, como quiera que en la juventud había simpatizado con los ideales de la Revolución Francesa y según cuenta la leyenda bailó en su homenaje con Hegel y Schelling, tan pronto recibió la noticia procedió a escribir una carta, colmado de felicidad por el hecho: “Esta mañana, cuando el digno padre de familia me saludó con la noticia, no pude decir gran cosa. Pero el claro azul del cielo y el límpido sol sobre los Alpes cercanos les resultaron tanto más agradables a mis ojos en aquel instante, porque de lo contrario no habría sabido a dónde dirigirlos en medio de mi alegría [...] Creo que ahora empezarán a marchar bien las cosas en

el mundo". Napoleón, para Hölderlin, como para Beethoven y muchos otros intelectuales de la época, representaba, por momentos, un camino a la libertad, la fuerza del cambio. Tal vez —escribe en otra carta del mismo mes— ahora "madure una sociedad al menos más hermosa que la anterior burguesa". El poeta del poeta había escrito durante sus años de estudios filosóficos un ensayo *Sobre el modo de proceder del espíritu poético*, cuya tesis central era la combinación de elementos "armónicamente contrapuestos" dentro de la creación poética, tomados a su vez de la "contraposición armónica del individuo real" con el mundo. Y la mañana de 1801 le exigió una prueba práctica de sus fundamentos teóricos: ¿En verdad, cómo procede el espíritu poético en un momento de embriaguez espiritual? ¿Qué elementos del mundo real entran en el juego de las contraposiciones? ¿Qué elementos del material poético debían ser transformados para alcanzar el fin deseado: expresar la felicidad colectiva? El resultado final es bastante singular. Se trata de un himno primigenio, un canto exaltado a la conciliación del hombre con lo absoluto y con el príncipe salvador (¿Jesucristo, Napoleón o El Hacedor? No lo aclara), una oración de regreso al hogar.

"Ruego leer sólo bondadosamente esta hoja", escribe al comienzo de la presentación, solicitándole al lector un alto grado de paciencia y dedicación para degustar su obra, asintáctica y enigmática, resultado de la tensión entre la flexibilidad de su estilo y la convencionalidad del lenguaje. En la misma presentación, agrega con un poco de humildad: "no puedo de otra manera" (pág. 37). Y su excusa es sencillamente válida. Con respecto al contenido, Hölderlin pretendía fundir en un tema histórico (la Paz de Lunéville, la Revolución Francesa) sus convicciones teológicas, tejidas, a su vez, con alusiones a la mitología griega. Esta, sin olvidar que buscaba la unidad entre él —poeta— y la naturaleza, —poesía primera—. Con respecto al material, recuperó la expresión clásica (Píndaro), que entendía más cercana a lo poético, y con su fuerza rompió la sintaxis del verso alemán. Por momentos esta ruptura fragmenta el discurso poético, lo

obliga a dejar espacios en blanco, a recurrir al silencio. El poema tiene una fuerte inclinación a la mudez (Paul Celan). El significado de sus códigos es restringido, ¿reservado para el mismo creador? Hölderlin fundaba palabras nuevas cuando su sensibilidad así se lo pedía.

Fiesta de la paz es la sinfonía (conjunto de voces que cantan al unísono) de la conciliación con el absoluto —los hombres, los dioses, la naturaleza, el amor, la belleza—. La armonía de los sonidos multiplica el "sosiego", la "dicha", la "nube de alegría" (pág. 39). También fabrica el conocimiento: "Desde la mañana, / desde cuando somos un diálogo y oímos los unos de los otros, mucho ha sabido el hombre; mas pronto somos canto" (pág. 55). Dios, parte del conjunto, nos ha dado todo, "la llama, la ribera, la marea", el lenguaje. Uno común a todos los hombres y a la naturaleza, llamado "coro", que simboliza el camino único de la concordia, de la armonía: "Ley del destino es ésta, que todos se compenetren, / que, cuando vuelva la quietud haya también un lenguaje" (pág. 53).



"Un coro somos ahora" (pág. 65) que "El que todo lo reúne" se hace presente en el banquete y permite que "lo celestial/ no se revela en el milagro, ni inadvertido en la tempestad, / mas donde con canto mezclados hospitalariamente/ presentes en los coros, un sacro número/ los bienaventurados de cualquier manera/ están juntos y lo que más aman también" (pág. 57).

Es la "tarde del tiempo" (pág. 57) que anuncia el regreso al comienzo del día, el retorno al "valle humeante" de la nueva época. Una época que recupe-

re la tranquilidad, la ingenuidad y la paz, en donde la esperanza enrojecía las mejillas de los niños y la madre contemple la vida. Hölderlin admira la paz, porque allí "pocos parecen morir", porque allí "un presentimiento sostiene el alma", porque allí "una promesa [la sinfonía] detiene a los más ancianos" (pág. 59).

Yo, empero, aconsejaría —concluye el maestro de ceremonia Hölderlin— que en esta hora "en que los peregrinos se dirigen al lugar de descanso" (pág. 67) "procuráramos, vosotros, amigos, / el banquete y canto, y coronas suficientes y tonos" (pág. 75), porque "es velozmente fugaz todo lo celestial" (pág. 79).

SELNICH VIVAS HURTADO

La balada de las dos hermanas

Las hermanas

Iván Hernández

Editorial Norma, Colección La Pequeña Biblioteca, Santafé de Bogotá, 1995, 96 págs.

En una época posposmoderna como ésta, caracterizada ya no por la inusual interrelación de los elementos de un relato sino más bien por su premeditada desaparición, resulta una verdadera sorpresa, una sorpresa en verdad deliciosa, encontrarse con una novela en la que todo recobra su lugar y su nombre propios: el narrador, cosa curiosa, narra de nuevo, es decir, deja fluir una historia; el lector, en un espacio que puede señalar con el dedo y en un tiempo que transcurre, se encuentra con los personajes gracias a esa voz que lo guía, y se reconcilia plenamente con su antiguo papel —"pasivo" dirían los malabaristas del intelecto— en el que bastaba pasar las páginas de un libro para convertirse en el destinatario de una gracia.

Quien concibió esta historia parece haberlo hecho con la certeza de que a estas alturas no sólo ya todo fue dicho,